

EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

AÑO II.

MADRID 4.º DE OCTUBRE DE 1875.

NUM. 49.



EL LIBRO DE LOS LIBROS.

EL LIBRO DE LOS LIBROS.



oy es ya moda que las señoras y niños, cuando van á los templos, lleven siempre un librito que llaman devocionario, donde leen durante los oficios sagrados. Estos devocionarios tienen algunas cosas muy buenas, instructivas unas, piadosas otras; pero que generalmente contribuyen á distraer para los santos la atencion y el tiempo que debe consagrarse á Dios y á Jesucristo. Son libros compuestos por hombres, que por muy buenos que sean, son hombres pecadores.

¿No seria mas conveniente desterrar todos esos libros, sustituyéndolos con uno, el mas antiguo, el mas importante, el mas bonito, al par que el mas fácil de comprender, la santa Biblia?

Este libro nos cuenta el origen del hombre, su inocencia y felicidad primera, su desobediencia á Dios y su castigo. Nos cuenta en un lenguaje sencillísimo é interesante la historia del mundo durante los cuatro mil años ántes del nacimiento de Jesus. ¡Qué historias tan bonitas y tan instructivas!

Nos cuenta las vidas de los patriarcas y profetas, la historia del pueblo judáico, sus cautiverios, su libertad, los milagros que Dios hacia en su favor, las guerras de este pueblo con los enemigos de Dios. ¡Y todo lo cuenta de una manera tan bella, y tan interesante!

Despues pasa á contarnos el nacimiento de Jesus, su vida pública al predicar el Evangelio, sus milagros, sus enseñanzas, el odio que le tenían los enemigos de Dios, su prision, sus padecimientos, su muerte, resurreccion y ascension. ¡Ah, qué hermoso es este libro!

Aun mas: nos cuenta despues la historia de los apóstoles, el martirio de algunos de ellos, y de los primeros cristianos.

Ademas este libro nos enseña cómo nos hemos de portar para ser buenos, qué cosas hemos de hacer y creer, nos enseña á amar á Dios y á Jesucristo; en una palabra, es el libro que nos enseña el camino del cielo.

El que lee una vez este libro, desea volver á leerlo; no cansa su lectura, ántes tiene atractivos muy grandes. Todos los hombres debieran tenerlo, y Dios así nos lo manda.

Por eso, el niño que veis en esa lámina, habiendo oido en la escuela ponderar tanto este libro, no paró hasta que cuartito á cuartito fue reuniendo los que necesitaba para hacerse con él. ¡Dichoso Luisito! Ya le pagará Dios los sacrificios que ha hecho por adquirir el libro.

Muy satisfecho por tenerlo ya, se ha ido á su casa, ha empezado á leerle y cada vez le gusta mas. Sus mismos padres asisten á la lectura del pequeño, y juntos dan gracias á Dios, que les ha proporcionado un libro que no conocian, y es tan bueno.

Tantos libros, malos unos y por lo ménos inútiles otros, bien podían ser reemplazados por este, que es el libro de Dios, y por consiguiente útil y buenísimo.

EL SUEÑO DE PAQUITO.



En uno de los vastos y repletos almacenes de un rico comerciante, y entre los bultos que llenaban el depósito, se sentaba triste y fatigado un pobre muchacho.

Paquito, que así se llamaba el jóven, era un pobre huérfano; su madre, viuda también pobre, pero virtuosa, había muerto pocos meses hacia, y al morir había confiado su precioso tesoro, su hijo único, al buen Padre celestial.

Sobre la tierra el único protector del pobre niño era un pariente bastante lejano, y sobre todo y lo que es peor, muy poco compasivo, el cual pensó haber hecho en obsequio del infeliz huérfano cuanto estaba de su parte, con solo colocarle de aprendiz al lado del señor L., dueño del almacén donde le vimos poco há.

Para Paquito, sin embargo, esta nueva vida á que le había consagrado su pariente protector, no podía ménos de ser sumamente triste. En vez de aquellas horas que se deslizaban para él dulces y tranquilas, ahora veía pasar lentos y reacios los momentos de su existencia en medio de

un tumulto y algazara que le sobrecogía y asustaba. La inesperienza propia de sus pocos años le hacía á veces cometer algunos errores en los negocios que le estaban confiados, lo cual daba lugar á que los empleados del almacén le regañasen con frecuencia. Por otra parte, sus compañeros, también aprendices, se complacían en burlarse de él, lo mofaban en su cara y le gastaban mil bromas no siempre muy llevaderas. El dueño del establecimiento que era de un carácter austero y rígido para con sus dependientes, le infundía miedo: así jamás se hubiera atrevido á hablarle palabra, como tampoco la hubiese dirigido á su esposa, señora elegante, á juzgar por el traje, pero con aire orgulloso y arrogante y de maneras muy poco simpáticas y finas por cierto.

De suerte, que el pobre Paquito se consideraba solo en el mundo; y al pensar en su abandono y desamparo, (y pensaba con frecuencia), allá á sus solas derramaba amargas y tristes lágrimas.

Un día, como hemos dicho, se hallaba solo en el almacén. Rendido de cansancio, después de una gran caminata que había dado para cumplir con unos encargos que su amo le había hecho, se dejó caer sobre los baules en que acostumbraba sentarse; la fatiga cerró sus ojos y el pobrecito se durmió profundamente.

Tuvo un sueño y le pareció en él hallarse andando por una de las calles

de la ciudad de las mas oscuras y estrechas que en aquel dia habia recorrido. Esta calle, en que le parecia encontrarse, se le iba haciendo cada momento mas pequeña y angosta, hasta que al fin tan grande era la oscuridad que en ella habia, y tanto, tanto fue acrecentándose, que nuestro jóven se encontró completamente en tinieblas. Pero, á pesar del miedo y de la angustia cruel que sentia, continuaba avanzando en su camino, cuando de pronto echó de ver al final de la estrecha calle un punto luminoso que resplandecia desde léjos como una estrella benéfica.

Alentado en su esperanza, anduvo sin detenerse con direccion al punto donde brillaba la luz, y por último ¡oh prodigio! al terminar la calle se encontró en frente de un magnífico palacio, resplandeciente de luz, que se destacaba majestuosó en medio de un ancho y hermoso paseo.

(Se continuará.)

EL SEMBRADOR.



(SAN LUCAS 8, 5-15.)

«Uno que sembraba, salió á sembrar

su simiente; y sembrando, una parte cayó junto al camino, y fue hollada; y las aves del cielo la comieron. Y otra parte cayó sobre la piedra; y nacida se secó, porque no tenia humedad. Y otra parte cayó entre las espinas; y naciendo las espinas, juntamente la ahogaron. Y otra parte cayó en buena tierra, y cuando fue nacida, llevó fruto á ciento por uno.»

Diciendo estas cosas clamaba Jesus: «El que tiene oidos para oír, oiga.»

Y sus discípulos le preguntaron diciendo, qué era ésta parábola.

Y él dijo: «A vosotros es dado conocer los misterios del reino de Dios; mas á los otros por parábolas, para que viendo no vean, y oyendo no entiendan.»

Es pues esta la parábola: La simiente es la palabra de Dios. Y los de junto al camino, estos son los que oyen; y luego viene el diablo, y quita la palabra de su corazon, porque no crean y se salven; y los de sobre la piedra, son los que habiendo oido, reciben la palabra con gozo; mas estos no tienen raices: que á tiempo creen, y en el tiempo de la tentacion se apartan. Y la que cayó entre las espinas, estos son los que oyeron; mas yéndose son ahogados luego de los cuidados, y de las riquezas, y de los pasatiempos de la vida, y no llevan fruto; mas la que en buena tierra, estos son los que con corazon bueno y recto retienen la palabra oida, y llevan fruto en paciencia.»



LAS GALLINAS.



Cuán admirable es Dios en todas las obras de la creación! ¡Cuánta variedad de animales, de aves y de peces ha criado y conserva en la tierra, en el aire y en el agua!

Mirad entre otros los que esa lámina representa; una familia entera de gallinas, con su gallo, su gallina y sus pollos.

El gallo está cantando, porque muy cuidadoso y grandemente cariñoso con su familia, goza cuando la ve comer, y está de centinela por si algun enemigo se acerca á turbarla en una ocupacion tan necesaria para la vida. El tambien necesita comer, pero nunca

lo vereis comer el primero, espera que coma ántes su gente; porque se interesa tanto por ella, que parece que el verla comer le engorda. ¿No habeis oido el lenguaje particular con que la habla y la llama, cuando ha encontrado escarbando algun buen bocado, y tomándolo en su pico, lo enseña á las gallinas? ¿No habeis oido alguna vez el grito especial con que pone en alarma á su gente, cuando amenaza algun peligro? Por eso le quieren tanto las gallinas.

Mirad tambien á la gallina, modelo de amor por sus pollitos. ¡Con qué solicitud los llama cuando están dispersos! ¡Con qué afan está todo el dia escarbando para buscarles comi-

da! ¡Con qué valentía, en medio de su reconocida timidez, los defiende no ya solo de los otros animales, como perros y gatos, sino hasta de los mismos hombres! ¡Y con qué cariño estiende por la noche sus alas para calentarlos debajo de ellas! ¡Ah! con cuánta razón el mismo Jesucristo hablando con el pueblo judío, que le fue tan ingrato, le dice en son de amarga queja: «¡Cuántas veces quise congregar á tus hijos dispersos, como una gallina congrega á sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste!»

Y esa grey de pollitos, que desde tan pequeños ya andan por su pié, y por sí mismos buscan su sustento, ¡cuánto enseña también á los perezosos y nos convida á bendecir á Dios! La mayor parte de los animales empiezan ya á valerse á sí mismos desde muy chiquitos, y aunque perdieran su madre, quizá salvarían su vida. Solo el hombre necesita tantos cuidados y por tantos años, si no ha de perecer.

Los pollitos, además de darnos una lección contra la pereza, enseñan también á todos los niños la obediencia que se debe siempre á los padres. Se dispersan algunas veces, se quedan rezagados, pero en cuanto la madre los llama, ¡qué listos y qué satisfechos acuden al llamamiento!

También debemos admirar y bendecir la providencia de Dios, que hace que se multipliquen tan fácil y tan prodigiosamente unas aves, que son al hombre tan necesarias y tan útiles.

En todos los climas se crían, pues hasta en Islandia existen y surten al hombre de sus ricos y sabrosos huevos; pero principalmente se crían en los países cálidos, donde sus huevos constituyen uno de los principales y más nutritivos alimentos, y sus carnes sirven para hacer tan variados platos, especialmente para los enfermos.

EL SUEÑO DE PAQUITO.

(CONTINUACION.)

Había en el palacio una ancha puerta dorada abierta de par en par, y por ella se metió nuestro héroe; y no bien la hubo salvado, cuando se vió en un delicioso jardín esmaltado de pintadas y vistosas flores, y rodeado por todos lados de paseos embellecidos con frondosos y copudos árboles, que parecían convidar á descansar bajo su sombra y ostentaban lozanos en sus ramas copiosas y delicadas frutas. Fuentes primorosas esparcían millares de pequeños arroyuelos de puras y cristalinas aguas, los cuales serpeaban silenciosos por entre prados de delicada y fresca verdura.

Se acercó al palacio, que dorado y cubierto de preciosas piedras, brillaba con la refulgencia del sol, y no bien hubo llegado á la puerta cuando le salió al encuentro una multitud de personas de hermoso aspecto y risueña faz, las cuales le saludaron sumamente amables y finas, dándole mil enhorabuenas y diciéndole que él mis-

mo, el pobre Paquito, era heredero de tan magnífica morada. Al oír tan inesperado anuncio, el jovencito dudaba, apenas podía creerlo; empero las formales y cariñosas aseveraciones de sus nuevos amigos, le hicieron deponer todas sus dudas relativamente á la felicidad con que tan de cerca se le brindaba.

Le condujeron á lo interior del palacio y contempló asombrado sus ricas salas, los hermosos cuadros que decoraban sus paredes; vió por todas partes preciosas alhajas, joyas de infinito valor. Todo era allí magnificencia, opulencia, fausto por todos lados; y al propio tiempo que esto veía, sus oídos escuchaban acordes y dulces sonidos, que parecían serenatas escapadas de una música celestial y encantadora; su corazón palpitaba lleno de gozo inefable.

Por último, uno de sus compañeros, sacándole de nuevo hasta la puerta del palacio, y señalándole un brioso caballo blanco ricamente enjaezado, le invitó á montar en él con objeto de dar un paseo por los grandes llanos, por las hermosas y fértiles tierras de que era dueño y que rodeaban por todas partes aquel edificio suntuoso. Aceptó gozoso Paquito la invitación y sobre la marcha quiso saltar sobre la silla; pero en vez de quedar sentado en ella, el pobrecillo vino á caer en el suelo; intentó ascender segunda vez, hizo esfuerzos para conseguirlo, pero en vano. En medio de esta lucha nuestro jovencito

¡despertó! y ¡ay! todo era ilusión. ¡Oh, y qué cruel despertar para él! Volvió á encontrarse solo completamente, aislado como ántes y reclinado sobre los bultos del oscuro y empolvado almacén de su Señor; entónces se levanta de pronto, traspasado de tristeza el corazón, y abandonando el almacén, se retiró á su cuarto.

Empero ese sueño dejó en el alma de Paquito una impresión poderosa; nunca pudo olvidar esos momentos de dulce aunque ilusoria felicidad; ¡oh! cuantas veces los repasaba en su mente y se gozaba en su recuerdo como si hubieran sido momentos de verdadera realidad. «¡Ay!» se decía á menudo, «¡qué ilusión tan bella y encantadora, ojalá fuese verdad! ¡cuánto no sería mi gozo, qué feliz sería entónces! Pero ¡ay! nunca, nunca puedo prometerme ya mas que una vida infortunada y trabajosa.»

Un día en que, como de ordinario, se entregaba á estos tristes pensamientos, ocurriósele acercarse á la portería de la casa en que habitaba. Estéban, el portero, anciano de simpático aspecto y rostro venerable, que se hallaba en la puerta á la sazón, al ver el aire triste del jóven y su fatigosa respiración, le invitó cariñoso á que entrara en su aposento y descansara un ratito.

Paquito tomó á buen partido el obsequio que le dispensaba el respetable anciano, y empezó á trabar conversación con él y á hablarle con tanta confianza, que al fin hubo de narrarle toda

entera la historia de su maravilloso sueño. Estéban escuchó el relato con suma atención; y apenas el joven hubo concluido, cuando le dijo sonriendo:

«Verdad es, hijo mío, que la historia que acabas de contarme es en alto grado maravillosa, y sobre cosas que no pueden menos de causar admiración; mas sepa V. que yo estoy en la creencia, de que á querer V., puede perfectamente disfrutar un día de todo cuanto en su sueño ha visto y tal vez aun de mucho más.»

«¿Cómo puede ser eso?» exclamó el muchacho casi sonriendo de extrañeza. «V. quizás se figure, tío Estéban, que tengo yo parientes ricos; pero no, todo al contrario, soy un pobre huérfano, que no se puede prometer en este mundo más que vivir con gran trabajo.»

(Se continuará.)

EL GATO Y EL ZORRO.

Cierta día encontró un zorro á un gato salvaje en medio de un bosque.

«¡Ah! ¿qué tal, Miz?» dijo el zorro, «me alegro de verte, y celebraré que estés bueno.»

«Es V. muy amable, señor,» contestó el gato, «estoy muy bueno y confío que V. lo estará igualmente.»

«Sí, Miz,» replicó el zorro, «me hallo con buena salud, pero confieso que me siento perturbado. Temo que tú, amigo mío, no estés mucho tiempo sin sufrir algún daño. Estoy pensando el

modo de auxiliarte, pues en estos días.....»

«Señor, ¿qué quiere V. decir?» preguntó el infeliz gato con gran espanto. «¿Qué gran daño teme V. para mí?»

«En cuanto á eso,» repuso el zorro, «pudiera ser daño para mí también. La verdad es que hay galgos no lejos de este bosque. Pero sé diez ó doce artificios, y hasta casi puedo contar veinte, para poder escapar de los galgos, mientras que tú, ¡pobre Miz! ¿qué puedes hacer para librarte de ellos? ¿Qué mañas sabes?»

«No sé ningunas mañas,» respondió el gato, «ni tengo más que un plan, y si este me falta, estoy perdido.»

«¡Pobre Miz! ¡pobre Miz!» exclamó el zorro, «es muy triste ver á un amigo en tal dificultad. Yo podía enseñarte algunas de mis mañas, pero estos son tiempos difíciles y no se debe confiar demasiado. Es razonable pensar en sí mismo. Pero ¡oye! ¡los galgos! ¡Como gritan! ¡Ay gato, estás perdido! No tengo tiempo para decirte lo que has de hacer. Me voy al momento...»

Apénas había el zorro pronunciado estas palabras, cuando vinieron los galgos. El gato se subió en seguida á un árbol; este era su único plan. Pero el zorro ni pudo subir á un árbol, ni tampoco esconderse; por lo cual el gato tuvo el sentimiento de presenciar la muerte de su compañero.

«¡Ah!» dijo el Miz al ver esto, «encuentro que un buen plan vale más que veinte artificios astutos.»



CONVERSION DE SAULO.

(HECHOS 9, 1-31.)

Hemos visto ya á Saulo tomar parte en la muerte de Estéban.

La deplorable actividad que él desplegaba para la persecucion, crecia de dia en dia. No respirando sino amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al sumo sacerdote y le pidió cartas para Damasco dirigidas á las sinagogas, para traer presos á Jerusalem á cuantos hombres y mujeres cristianas hallase en aquella ciudad. Y como ya se acercase á Damasco, un resplandor del cielo, semejante á un relámpago, le cercó por todos lados; y habiendo caido en tierra, oyó una voz que le dijo: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?»

Notad cómo el Señor Jesus se declara intimamente unido á los miembros de su iglesia. El es el jefe ó cabeza y ellos son los miembros; y no se puede hacer daño á los miembros, sin que El, que es el jefe, lo tome en cuenta en el cielo.

Y Saulo dijo: «¿Quién eres, Señor?» Y el Señor le respondió: «Yo soy Jesus á quien tú persigues; dura cosa es dar coces contra el aguijon.» El entónces, temblando y despavorido, dijo: «Señor, ¿qué quieres que haga?» Y el Señor le contestó: «Levántate y entra en la ciudad, y te se dirá lo que te conviene hacer.»

Los hombres que iban con Saulo se detuvieron llenos de espanto, oyendo

aquella voz, pero sin ver á nadie. Y Saulo se levantó y abrió los ojos, y tampoco veía á nadie. Por lo cual, llevándole de la mano, le condujeron á Damasco, en donde permaneció tres dias sin ver, sin comer, y sin beber.

Estaba en Damasco un discípulo llamado Ananías, al cual dijo el Señor en una vision: «Ananías.» Y él respondió: «Héme aquí, Señor.» Y el Señor le dijo: «Levántate, y vé á la calle que se llama la derecha, y busca en casa de Júdas á uno llamado Saulo, de Tarso; porque hé aquí, él ora; y ha visto en vision un varon llamado Ananías, que entra y le pone la mano encima para que reciba la vista.»

Y Ananías respondió: «Señor, he oido á muchos acerca de este hombre, cuantos males ha hecho á tus santos en Jerusalem. Y aun aquí tiene facultad de los príncipes de los sacerdotes de prender á todos los que invocan tu nombre.» Mas el Señor le dijo: «Vé, porque instrumento escogido me es este, para que lleve mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel. Porque yo le mostraré cuanto le sea menester que padezca por mi nombre.»

Fuése pues Ananías, y entró en la casa, y poniendo las manos sobre Saulo, le dijo: «Saulo, hermano, el Señor Jesus que te apareció en el camino por donde venias, me ha enviado para que recibas la vista, y seas lleno de Espíritu Santo.» Y al instante le cayeron de sus ojos como escamas, y reco-

bró la vista; y levantándose, fue bautizado. Y habiendo tomado despues alimento, recobró sus fuerzas.

(Se concluirá.)

EL SUEÑO DE PAQUITO.

(CONTINUACION.)

«Yo tampoco me prometo nada de este mundo,» contestó el anciano; «sin embargo, puedo asegurar á V. que estoy esperando una herencia no ménos magnífica que esa de que V. me habló hace poco.»

«¿Será posible?» dijo el jóven. «Sin duda V. se bromea.»

«No, hijo mio, no me bromeo, hablo á V. muy de veras,» replicó Estéban; «y tanto es así, que voy ahora mismo á mostrar á V. los documentos que me aseguran la posesion de esa herencia,» y miéntras así decia, tomó de sobre la mesa una Biblia bastante vieja por cierto y deteriorada, y abriéndola en el capítulo 14 del Evangelio de Juan, leyó el versículo segundo: «En la casa de mi padre muchas moradas hay... voy pues á aparejaros lugar.»

«Hombre, ¿qué me lee V.?» exclamó Paquito. «¿Un versículo de la Biblia que yo mil veces he leído? ¿qué tiene eso que ver con una herencia como la con que yo soñé?»

«Voy á decírselo á V.» contestó el venerable anciano; «díguese escucharme un instante, hijo mio. Cuando yo era un jóven como V., cuando tenia

su edad, no pensaba mas que en las cosas de este mundo, y deseaba lo mismo que V. hoy, las riquezas y los placeres de la vida. Pero no pequeñas aflicciones, que en la vida me alcanzaron, me hicieron reflexionar muy seriamente sobre el estado de mi alma. El Espíritu Santo de Dios tocó mi corazon y sentí que era un miserable pecador, y que necesitaba el perdon de mi Señor y mi Dios, á quien por tanto tiempo habia ingratamente olvidado. Comprendí que, aun á serme posible alcanzar todos los bienes y las riquezas del mundo, de nada podrian servirme si se perdía mi alma.

»Encontré por fortuna un amigo cristiano que me ofreció esta misma Biblia que V. ve y me recomendó mucho, al hacerme entrega de ella, que la leyese con diligencia y la escudriñara detenida y seriamente. Lo hice así efectivamente, pidiendo fervoroso al Señor se dignara iluminar mi corazon y mi espíritu; y créame V., en este libro, en esta Palabra, he encontrado mi gran tesoro, el secreto de la verdadera felicidad.»

«¿Y es eso?» preguntó Paquito.

«Escucha la Palabra de Jesucristo mismo,» contestó el anciano volviendo algunas hojas de su amado libro y leyendo el versículo 16 del capítulo 3 de S. Juan. «De tal manera amó Dios al mundo que ha dado á su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino tenga vida eterna.» Mira, Paquito; de *creer* en el Señor

Jesús, el Hijo de Dios, que murió en la cruz por nosotros y cuya sangre nos limpia de todo pecado; (1.^a Juan 1, 9) y poniendo toda nuestra confianza en ese Redentor divino, recibiremos la vida eterna, esto es, la eterna felicidad en los cielos, felicidad que se conoce en la epístola á los Efesios con el nombre de *herencia*; y de la cual, nos dice S. Juan en el Apocalipsis: «Me mostró la ciudad santa que descendió del cielo... su luz era semejante á una piedra preciosa, resplandeciente como cristal, y pues no tiene necesidad de sol ni de luna, porque la claridad de Dios la alumbra... y las gentes que hubiesen sido salvas andarán en la luz de ella, y á ella llevarán la honra y la gloria de las naciones.»

(Se concluirá.)

UNA AMABLE RELIGION.



Encontramos en el *viaje al país de las Perlas*, de Luis Jacolliot, la descripción siguiente de los placeres que los Fakires se procuran, hoy todavía, en la India. «Ved esta rueda que da vueltas con asombrosa rapidez, arrastrando con ella cinco ó seis cuerpos humanos que enrojecen la tierra con su sangre: son fakires que se han adherido con garfios de hierro pasados por las piernas, riñones y espaldas.

»Al lado de ellos hay otro estendido sobre una plancha guarnecida de lar-

gas puntas de hierro que le penetran profundamente en las carnes. Veis ese hombre que estrae ayudado de una cañita un poco de caldo en un plato; se ha condenado al silencio, y para ponerse en la imposibilidad de romper su voto, se ha quemado los labios con un hierro candente, los ha cosido unidos para que se suelden ó cicatricen mejor, no reservando mas que un pequeño agujero en medio, que no permita pasar sino alimentos líquidos.

«¿Qué es esa masa inerte estendida sobre la tierra que no tiene ni narices ni orejas; y los labios cortados hasta la estremidad de las encias, dejan ver los dientes que se entreabren alguna vez? Ese cadáver no tiene lengua; se diría ser la cabeza de un muerto. Respira todavía, su cuerpo no es mas que una inmensa úlcera; los gusanos le roen medio vivo todavía. Otro está estendido sobre una cama de carbon encendido, él lo apagará con su sangre.

«Un fakir agobiado bajo una pila de madera que pesa al ménos quinientos ó seiscientos kilogramos; mientras que otro, enterrado hasta el cuello, recibe en todo su ardor los rayos del sol sobre su cráneo afeitado hasta la piel. ¡Qué religion tan amable y dulce!»

En presencia de tales hechos y aberraciones, cómo no repetir con un profundo suspiro de piedad, «¡Señor, que tu reino venga!»





CONVERSION DE SAULO.

(CONCLUSION.)

Saulo estuvo algunos dias con los discípulos que habitaban en Damasco, y desde luego comenzó á predicar en las sinagogas, que Jesus era el Hijo de Dios. Todos los que le oian estaban llenos de admiracion y decian: «¿No es este el que asolaba en Jerusalem á los que invocaban este nombre, y á eso vino acá, para llevarlos presos á los príncipes de los sacerdotes?» Saulo empero cobraba nuevo vigor y esfuerzos, y confundia á los judíos que habitaban en Damasco, demostrándoles que Jesus es el Cristo. Mucho tiempo despues los judíos se conjuraron para quitarle la vida; pero sus asechanzas llegaron á oidos de Saulo. Y como sus enemigos tenian centinelas de dia y de noche en las puertas á fin de matarle, los discípulos una noche le descolgaron por el muro metido en una canasta.

Púsose Saulo en seguida en marcha para Jerusalem, y así que hubo llegado allí procuró reunirse á los discípulos; pero todos le temian, no creyendo que fuese discípulo, hasta que Bernabé le condujo, y presentándole á los apóstoles, les contó cómo Saulo habia visto al Señor en el camino, y qué le habia hablado, y con cuánta firmeza habia procedido en Damasco, predicando en el nombre de Jesus. El iba y venia con ellos á Jerusalem, y hablaba con denuedo en nombre del Señor Jesus, y disputaba con los griegos; pero estos

buscaban medio de matarle. Y habiéndolo sabido los hermanos, le llevaron á Cesarea, y de allí le enviaron á Tarsos, su ciudad natal.

Entónces cesaron por algun tiempo las persecuciones contra los cristianos. Las iglesias permanecieron en paz en toda la Judea, Galilea y Samaria, y eran edificadas, y se iban multiplicando, adelantando en el temor del Señor, llenas de los consuelos del Espiritu Santo.

«Por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no ha sido en vano para conmigo; ántes he trabajado mas que todos ellos: pero no yo, sino la gracia de Dios que fue conmigo. 1 Corintios 15, 10.

«Vivo, no ya yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó á sí mismo por mí.» Gálatas 2, 20.

EL SUEÑO DE PAQUITO.

(CONCLUSION.)

«Ahora bien, Paquito, ¿no equivale eso á lo que V. dice haber visto? Por mi parte creo que tiene un gran parecido con su sueño, porque la muerte se semeja á la calle oscura por donde V. transitó, y tan luego hayamos pasado por ella, nos encontraremos á las puertas de la morada celeste, hallaremos á nuestro paso ángeles, santos y amigos nuestros que durmieron, como Pablo dice, (1.^a Tesal. 4, 14) en el Señor,

y allí gozaremos de una inmejorable y real felicidad, como eterna que es, y perdurable. Aun cuando fuese V. dueño ó heredero de la herencia mas grande y rica del mundo, no podria disfrutar de su esplendor sino por muy cortos años. La muerte ha de alcanzarnos á todos, ricos y pobres; y queramos ó nó, tendremos al fin un dia ú otro que dar un adios á todo cuanto en la tierra se encuentra; empero la felicidad que Dios nos ha prometido en su Palabra no tiene fin, ha de durar para siempre. ¡Ay! Paquito, no se queje V., no murmure porque no pueda prometerse riquezas ni terrenal grandeza acá abajo, y mire en cambio cómo el Señor nos ofrece á V. y á mí tambien, pobre viejo, una eterna y perdurable herencia de gozo y felicidad inefables.»

«Pero, ¿cómo podemos alcanzar esa herencia?» preguntó Paquito.

«El Señor Jesus nos ha dicho,» repuso el anciano: «Venid á mí todos los que estais trabajados y cargados....» y cargados de pecado lo estamos todos, y muchos, como V., lo están de tristeza y pesadumbre tambien. Por consiguiente esa invitacion tan cariñosa es para V. ¿no es verdad? No rehuse, pues, tan tierna y bondadosa oferta, confie V. en Jesus, ámele, guarde sus mandamientos, y habrá de experimentar, aun aquí en esta vida, la paz verdadera del alma.»

Consejos sublimes y cristianos que no fueron inútiles para el buen Paquito ciertamente; las palabras del venera-

ble y piadoso Estéban produjeron, merced á la gracia de Dios, una impresion profundísima en el alma del jóven huérfano, que creyó muy de veras en las divinas promesas, y abrazó la invitacion de Jesus entregando completamente en sus salvadoras manos su juvenil corazon. Desde ese momento comenzó á sentir dentro de sí el principio de una nueva vida. En lugar de lamentarse de su posicion y de su suerte, dirigia sus pensamientos á la consecucion de la felicidad celeste que le esperaba; y halló una paz, un gozo en lo profundo del alma que jamas hasta entonces habia experimentado.

El efecto de ese grande y dichoso cambio trascendia á todos, á todos llamaba la atencion, tanto por su conducta ejemplarísima, como por la solicitud y diligencia con que desempeñaba diariamente sus tareas, como, en fin, por su honesto porte, atentos y finos modales.

Su ejemplo brillante produjo un poderoso efecto en sus compañeros; y si bien al principio algunos de ellos se burlaban de él porque leia la Biblia y huia de los vanos y locos placeres del mundo, al fin muchos, gracias á sus esfuerzos y noble ejemplo, se vieron obligados á convertirse al Señor.

La amistad de Paquito con el venerable portero continuó ya siempre, y muchas veces conversando juntos en el modesto cuarto del anciano, Paquito decia: «¡Ay! ¡qué tonto fui yo en otro tiempo cuando me lamentaba del triste

desengaño que padecí al despertar de mi maravilloso sueño! ¡De seguro el Señor me ha concedido ahora una felicidad, que no es sueño por fortuna, y ha venido á reanimar mi ántes desfallecido espíritu con la dulce y consoladora esperanza de una herencia mucho mas bella que aquella que ví alejarse de mi rápida y fugaz al sacudir mi ilusorio sueño; una esperanza mil veces mas lisonjera é inefable de lo que jamas pensar pudiera, cual es la de una herencia inmortal, perdurable y eterna.»

LA LLUVIA.



Un comerciante volvía de una feria á su casa, y llevaba consigo una maleta con dinero. Llovía mucho y el pobre hombre se mojó hasta los huesos, por lo cual estaba disgustado y murmuraba: «¡qué tiempo tan malo me ha dado Dios para viajar!»

Siguiendo su camino tenía que atravesar un espeso bosque, donde vió detras de un árbol un ladron con una escopeta que le estaba apuntando. Estaba sin remedio perdido; pero con la lluvia se habia mojado la pólvora y no salió el tiro. El comerciante dió un espolazo á su caballo y se libró de la muerte. Cuando ya estaba seguro dijo entre sí mismo: «¡qué tonto he sido que me he deseado buen tiempo! cada uno se debe contentar con lo que

Dios manda. Si no hubiese llovido estaria yo ahora muerto en el bosque, bañado en mi sangre, y mis hijos me estarían esperando en vano; jamas me voy á olvidar de la máxima que dice:

«Lo que Dios dispone está siempre bien, aunque al parecer lo creamos mal.»

LA MUJER Y LA GALLINA.

Una mujer tenía una gallina que cada dia le ponía un huevo. Pero no se contentó con eso la mujer y dió á la gallina doble racion de comer, creyendo que entónces pondría mas huevos.

Desde entónces engordó mucho la gallina, però sin embargo de esto, ó tal vez por esto, el caso es que la gallina no volvió á poner mas huevos.

La codicia rompe el saco.

ADVERTENCIA.

Este periódico saldrá á luz mensualmente, al precio de medio real cada número, ó sea 8 reales al año; en provincias 8 reales.

En su confeccion se ha procurado distribuirlo en cuatro medios pliegos, á fin de que cada uno de ellos sirva como periódico semanal para el uso de las escuelas dominicales.

Rogamos á todos los que se interesen por la educacion de los niños, que nos ayuden en esta tarea, remitiéndonos enigmas, cuentecitos, artículos de Historia, Geografía, Física é Historia natural.

Los pedidos y reclamaciones se dirigirán á la Librería Nacional y Estranjera, Calle de Jacometrezo 59.

MADRID:—Imp. de J. Cruzado, Peñon, 7.